



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 252– 30 de mayo de 2017

En este número

Te ofrecemos

1. **Hay que cortar**, *Emilio Álvarez Frías*
2. **Los dos frentes**, *Manuel Parra Celaya*
3. **El escritor Josele Sánchez**, *José M^a García de Tuñón Aza*
4. **Bastaron diez años**, *José Manuel Cansino*
5. **La derecha chic**, *Carlos López Díaz*
6. **Ideología de género: La abolición del hombre**, *Tomás Salas*
7. **Un rebaño hacia el abismo**, *Hermann Tetsch*
8. **Sí, es un golpe de estado**, *Isabel San Sebastián*
9. **¿Euroescépticos?**, *Mateo Requesens*
10. **Soldados catalanes luchan contra el terrorismo de los maquis en 1944**, *Rafael María Molina*

Hay que cortar

Emilio Álvarez Frías

La cosa está que arde, lo están poniendo difícil. Me refiero, claro está, a las provocativas chulerías de los catalanistas y su intención de tirar hacia delante por cualquier procedimiento que se ponga a mano, incluso el más expeditivo de por las bravas. Porque, como les han consentido tanto desde que tuvo lugar la aprobación de la Constitución, y ya con pleno desafío desde que en 2013 el parlamento catalán aprobó la «Declaración de soberanía y del derecho a decidir del pueblo catalán», han llegado hasta un punto de difícil vuelta atrás, ya sea por propia decisión –que no la contemplan en absoluto– ya por la intervención del Estado para poner de nuevo las cosas en su sitio.

Como decimos, hace mucho se debieron cortar de raíz las incursiones de diferente índole que fueron realizando los líderes secesionistas con plena impunidad, pues el gobierno de turno –convencido de que no irían a más porque se cansarían– fue haciendo la vista gorda, encomendando la regañina al tribunal Constitucional, sin que hicieran el más mínimo caso los exaltados nacionalistas a las sentencias que fueron dictando. Y de esta forma no tuvieron problemas en prohibir el español en Cataluña, en modificar la historia a su gusto en los libros de texto, en lavar el cerebro a propios y foráneos con lo de que España los robaba y otros slogan más, creando poco a poco un cuerpo legal que, aunque estuviera en contra de la Constitución, aplicaban sin miramientos, lanzaron sus embajadas al extranjero, consiguieron la reducción de centros de las Fuerzas Armadas en las provincias catalanas, se les permitió la extensión del catalán sobre las provincias valencianas y de Mallorca, y un largo etcétera. Y, mientras, los gobiernos de España tan tranquilos, dejándoles hacer para que se cansaran del juguete. Pero resulta que no se han cansado de mover los hilos de las marionetas y han llegado al punto de intentar el asalto definitivo al escenario para que nadie les diga qué obras han de representar en el futuro, qué actores han de elegir en el casting que realizan para representarlas a su gusto, y

cuáles han de ser los decorados que centren la función.

Pues bien, los espectadores repartidos por toda España ya están hartos de que los ayudantes de dirección no respeten el librero de la obra que aprobaron entre todos, que quieran montar un teatrillo independiente al que no puedan asistir como copropietarios del mismo, que no respeten que el director pretenda mantener el clasicismo de la obra, y que se lo pasen todo por el puente.



De todo el fárrago de disposiciones aprobadas, hechos realizados, actos promovidos, etc., seguro que incurren en actos de sedición, rebelión, así como de atentar gravemente contra el interés general de España, el Gobierno y del resto de los españoles. Por ello han de tomarse inmediatamente las medidas que en uno u otro caso se establecen en el Código Penal y la Constitución. Ya. Incluyendo a los bocazas que, sin estar comprendidos en la estructura catalana, jalean y apoyan la insumisión de esta parte de España, como pueden ser Arnaldo Otegui, Pablo Iglesias y bastantes más de entre los protervos surgidos por el territorio español con la misma proliferación que la mala hierba en un campo medio abandonado como ha sido este.

Hoy saldré a dar el paseíto por las cercanías de casa, en una mañana brumosa pero cálida en demasía, acompañado de un pequeño botijo vidriado, con figuras de cisnes y coronado por un guitarrista al que la antigüedad ha privado de cabeza; botijo que me ha obsequiado el maestro Aguinaga y que guardaré en mi colección particular. Pensaré, mientras descansamos en un banco del parque, que ese guitarrista roto es Paco de Lucía que nos deleita con una de sus magistrales bulerías.

Los dos frentes

Manuel Parra Celaya

Os conquistaremos con vuestras leyes, os gobernaremos con las nuestras, dicen que es la máxima atribuida al islamismo radical que ahora se agrupa bajo las banderas del DAESH. De entrada, ya lo están procurando mediante las implacables leyes naturales de la demografía en Europa, y se espera que continúe esta paciente conquista en el ámbito político, conforme se vayan aplicando y ampliando las normas en cuanto a la concesión de la nacionalidad y al derecho a voto de los residentes en nuestras sociedades.

Está visto que la política de brazos abiertos y el *papeles para todos* no son más que quintacolumnas en esta guerra en la que Occidente lleva todas las de perder. De no cambiar las cosas, solo les cabe a las futuras generaciones buenas dosis de resignación, a riesgo de que quieran figurar en las listas negras de la progresía por *intolerantes, xenófobos* y otras cosas tan feas como estas. Poniéndonos en lo peor, quizás haya que incluir, entre estas actitudes resignadas, el velo para el elemento femenino de nuestra descendencia.



Pero a estos frentes de conquista, tan silenciosa como evidente, se une otro, ni tan paciente ni tan silencioso, que es la acción terrorista, calificada certeramente hace años por el escritor Pérez-Reverte como *guerra santa* o *yihad* (añadía el apelativo de *imbéciles*, por cierto, destinado a los que no se daban cuenta). Este

segundo frente no descansa, con el fin de mantener la intranquilidad, el desasosiego y el *silencio de los corderos* de los ciudadanos de nuestros lares.

La última bestialidad de la vesania criminal en Manchester, sobre una masa en su mayoría infantil y juvenil, ha vuelto a poner sobre el tapete que, no solo las leyes demográficas y el Derecho positivo de factura neoliberal o socialdemócrata están coadyuvando a perder una guerra, sino que una estrategia de seguridad se pone constantemente en entredicho cada vez que un titular de telediario nos encoge el corazón con el anuncio de nuevos asesinatos por los fanáticos.

De entrada –y si las circunstancias lo permiten, cosa que no ha ocurrido ante las evidencias de la masacre de Manchester–, se pone en tela de juicio si se trata de un acto terrorista; a continuación, suele sacarse a colación el equilibrio psicológico del, siempre presunto, agresor; cuando, finalmente, no hay más remedio que reconocer que se trataba de terrorismo puro y duro y que el estado mental del sujeto venía determinado por las prédicas de imanes o por ya conocidos viajes a los lugares donde sienta sus reales el DAESH, al duelo social se unen los protocolarios mensajes de condolencia, los *minutos de silencio* (que seguro hacen titubear a los terroristas) o las afirmaciones, casi tartarinescas, de que nadie ni nada será capaz de destruir *nuestros regímenes basados en la libertad, la democracia y la tolerancia*. Se añade casi siempre que el terrorista *tenía la nacionalidad* inglesa, francés, belga, etc., lo que no es precisamente un mensaje muy tranquilizador que digamos.

Así es siempre, tanto si el malnacido de turno utiliza un camión para estrellarlo contra la multitud de un mercadillo navideño o lleva un automóvil contra unos turistas, o se inmolaba a sí mismo con su diabólico chaleco con tal de matar infieles y obtener un lugar de privilegio entre las huríes que les esperan en el paraíso.

En días sucesivos, también solemos enterarnos de que los terroristas (presuntos, claro) estaban ya fichados o vigilados estrechamente y de que, incluso, se habían dado órdenes de busca y captura contra ellos; finalmente, empiezan los registros, la detención de posibles cómplices y las críticas entre las Administraciones por no haber atinado a prever la catástrofe.



En contraste, parece ser que los Cuerpos de Seguridad españoles no descansan y no imitan a sus colegas europeos en este rosario de insensateces y de contradicciones. Si es así, mi agradecimiento como ciudadano y mi felicitación más entusiasta. Por lo menos, ellos están en una primera línea eficaz en el frente no silencioso y más brutal de la *conquista*. Lo malo es que los legisladores y políticos están a cargo del otro frente, del *paciente y pacífico*, el de la demografía, los *derechos civiles* y la tolerancia.

El escritor Josele Sánchez

José M^a García de Tuñón Aza

Se lo había prometido cuando, no hace muchos días, Josele, a quien ya le había prologado la segunda edición de su obra sobre Santiago Carrillo, *Con piel de cordero*, estuvo en Oviedo presentando su nuevo libro, *Balada triste para España*. Le prometí que lo leería con el máximo interés. Del contenido del libro me habían hablado algo amigos comunes. Por esta razón, su lectura la esperaba con impaciencia e inquietud.

Cuando terminé su lectura – formado por una recopilación de artículos escrito durante su vida profesional– sentí que me identificaba totalmente con casi todo lo que había escrito Josele. Citaba nombres que para mí eran muy conocidos y apreciados. A Alberto Buela, filósofo argentino, a quien hace algún tiempo fui presentado por Gustavo Bueno, en la Fundación que en Oviedo lleva su nombre. A mi entrañable amigo el poeta Eduardo López Pascual, a quien hace tiempo conozco y con quien he discutido mucho; según Josele es uno de los más grandes poetas actuales de España. En otro momento nos escribe de Pedro Conde, líder indiscutible que fue de Falange Auténtica y a quien en dos ocasiones visité en su tierra de Castilla, también la de Onésimo Redondo. Escribe de Pepe de las Heras, a quien hace poco tuve el gusto de saludar; es el



autor del libro *José Antonio el hombre que todos convirtieron en mito*; su deseo ahora es hacer una biografía cinematográfica del fundador de Falange; ya tiene hecho el guión, que tuvo la gentileza de enviarme hace algún tiempo: «...espero que me digas tu segura y sincera opinión sobre la obra y cuanto consideres oportuno».

Se refiere también Josele a escritores y poetas a los que en alguna ocasión me he referido. A Miguel de Unamuno, de quien he repetido que falleció cuando lo visitaba un amigo falangista. Después, otros falangistas, para enterrarlo en el cementerio de la plateresca ciudad de Salamanca, llevarían sobre sus hombros la caja con los restos de un hombre que ya estaba cansado de tanto bregar. Menciona a Antonio Machado, del que escribí que, al terminar la guerra, al huir de España, tuvo que cruzar la frontera sin que ningún preboste de la República lo llevase en su cochazo: se fue con su madre enferma en la caravana de las alpargatas. Nos recuerda a Rafael Alberti, el poeta que abandonó a su bella mujer cuando ésta tuvo la terrible enfermedad del Alzheimer y quien, a causa de la misma, falleció un día que hacía tanto frío que hasta su corazón se había helado. Esta mujer fue la estela de un cometa gaditano, pero la estela llegó a brillar tanto como el propio cometa. También cita a Federico García Lorca, de quien el falangista Luis Hurtado Álvarez escribió en 1936: «A la España Imperial le han asesinado su mejor poeta». Sale el nombre del poeta Pablo Neruda, el chileno que atrajo a Miguel Hernández a su causa comunista. También al poeta Luys Santa Marina, el que acusó a los que vinieron después, cuando ya había una ancha y segura calzada que unía el pasado y el porvenir de la Patria hecha con huesos de nuestros Caídos. Y el de Ángel María Pascual, quien escribiera un hermoso poema que comienza con estos versos: «A ti, fiel camarada, que padeces / el cerco del olvido atormentado. / A ti, que gimes, sin oír al lado / aquella voz segura de otras veces».

Son muchos más los nombres de escritores y poetas que aparecen en el libro *Balada triste para España*, por lo que resulta imposible referirme a todos en tan poco espacio como dispongo. Sin embargo, no quiero poner punto y final sin recordar, aquí y ahora, a Mercedes Fórmica, una bellísima falangista que, sin ser feminista, tanto hizo por la mujer española, y hoy tan olvidada precisamente por haber sido falangista. Otro olvidado, también hoy por la crítica literaria y por los editores, es Rafael García Serrano. Hace poco se cumplió el centenario de su nacimiento sin que casi nadie lo recordara como ordena la hemipléjica memoria histórica. También por el mismo pecado de haber sido falangista. Aunque sí hubo alguna excepción, tal como la de Juan Manuel de Prada, quien escribió que «García Serrano es un lírico de trincheras con aroma de pólvora y asperezas de vino peleón y cuajarones de sangre. Sus dotes de novelista quedarían ratificadas con la magnífica *La fiel infantería*».

No olvida Josele incluir a algún político. Me han llamado la atención las líneas que dedica al fundador de *Ciudadanos*, al quien llama «Albertito *El Inquisidor*», y que le recuerda al tristemente fallecido Adolfo Suárez, pero en versión del siglo XXI. Al parecer Josele le culpa de no haber admitido en sus listas electorales a individuos que hubieran militado en alguna

organización falangista porque tal vez el joven Rivera se siente avergonzado de su propia madre quien, en plena transición española, parece ser que militó en la izquierdista Falange Auténtica, que entonces lideraba Pedro Conde. Es decir, cualquiera puede figurar en las listas de *Ciudadanos* ya sea defraudador de impuestos, evasor fiscal, ladrón de arcas municipales o tráfuga político, menos los que en algún momento de su vida hayan tenido alguna relación con Falange.

Y termino solidarizándome con unas palabras que dejó escritas Josele en el libro que comento, *Balada triste para España*, en el sentido de que desea reivindicar la memoria y el buen nombre de José Antonio Primo de Rivera, un pensador que sufrió la tergiversación y la manipulación durante el franquismo y que, ahora, en esto que algunos llaman democracia, padece de la incompreensión, la censura y la violencia. Hasta de la mentira, habría que añadir.

Bastaron diez años

José Manuel Cansino (*La Razón*)

Profesor titular de Economía U. Sevilla

En 1981 con un Adolfo Suárez dimitido y un intento de golpe de Estado del que ahora conocemos una verdad muy distinta de la durante tantos años oficial, la UCD de Leopoldo Calvo Sotelo y el PSOE de Felipe González apostaron por la vía autonómica como estrategia escapista de una Transición cuestionada. El encargado del diseño de las 17 réplicas del Estado que ahora tenemos y pagamos fue el catedrático de Derecho Administrativo Eduardo García de Enterría que ya había participado en la redacción del texto constitucional. El 31 de julio de 1981, ambos líderes pactaron la activación de esa particular plasmación del Título VIII de la Constitución de 1978, y digo «particular», porque hubo muchas otras «hojas de ruta» posibles que quedaron en el cajón.

En 1992 se firmó el segundo gran pacto autonómico, entre Felipe González y José María Aznar. El acuerdo incluía la transferencia de 32 nuevas competencias, incluida la de Educación, en un intento de igualar a las comunidades de «vía lenta» con las «históricas». Años antes no fueron pocos los que advirtieron de las consecuencias que tendría ceder las competencias en materia educativa a las comunidades autónomas pues se corría el riesgo de convertirlas en instrumentos adoctrinadores que acentuarían los «particularismos» que ya había señalado Ortega y Gasset. La respuesta de los ministros de Educación de la época fue: no habrá problema pues para eso estaban los servicios de inspección del Ministerio de Educación.



La convicción ministerial se demostró a la postre de una candidez mayúscula y ahora no sabemos si tomarnos a chanza la petición del Gobierno a la inspección del Ministerio para que analice si el contenido de los manuales de

texto utilizados en Cataluña atentan contra la convivencia entre españoles o inspiran el odio.

Hay un dato en el que pocos analistas reparan. Pocos pero algunos sí. El periodista y escritor Josele Sánchez que estrena nuevo libro (*Balada triste por España*, Letrame Grupo editorial) advierte de que en los diez años que van entre 1982 y 1992, en Cataluña se pasó de aplaudir el himno nacional en los partidos de la selección española de fútbol a la primera gran pitada con ocasión de los Juegos Olímpicos. Los Reyes de España se escaparon del abucheo en el estadio de Montjuic porque la organización hizo coincidir su entrada en el palco con el himno «Els segadors». Bastaron diez años de educación en un imaginario que ensalzaba lo propio y

caminaba a la inoculación del odio al resto de España y todo financiado con el dinero de todos, comisiones aparte.

La Educación sigue siendo en España arena para la lucha partidista en la que las reformas sólo se mantienen en el tiempo cuando algún Gobierno alcanza la mayoría suficiente para otorgarle rango de ley orgánica y blindar su permanencia con la mayoría cualificada que exige su cambio o derogación. Sin embargo, desde que nace cada nueva reforma viene con la orla de descontentos que anuncian su inmediata derogación. También viene con la orla de los habituales informes de calidad internacionales que nos sacan los colores, el último el informe PISA 2015 de la OCDE sobre competencias financieras que señala que un 25% de los estudiantes españoles ni siquiera alcanza el nivel básico de conocimientos en esta área. No importa. Lo máximo que aceptamos como materia intocable son las pensiones. Ni siquiera ya la política antiterrorista.

Sólo hay una cosa peor que no haber evitado que la Educación se utilice como parte del programa secesionista, que el Gobierno de España decida no hacer nada una vez que la inspección constate lo evidente.

Sin embargo, no es solución quedarse en el lamento quevedesco de contemplar los muros de la patria, si en un tiempo fuertes, ya desmoronados. Es interesante, por ejemplo, releer las propuestas de reforma constitucional contenidas en iniciativas sólidas como la que contiene la obra «Recuperar España. Una propuesta desde la Constitución» (Universidad San Pablo, 2013). En definitiva, habrá que poner tantos medios y recursos en evitar que se eduque en el odio como se pone en evitar el «bulling».

La derecha chic

Carlos López Díaz *(Actual)*

Es ya un lugar común acusar a determinada izquierda de «rancia», volviendo en su contra uno de los adjetivos que tanto le gusta esgrimir para atacar y caricaturizar a la derecha. Se trata, en cualquier caso, de un recurso retórico francamente pobre. Pero usado por la derecha, es además inepto. Porque supone admitir implícitamente el marco mental progresista, que identifica sistemáticamente lo antiguo o tradicional con lo caduco, con aquello que debe ser superado obligatoriamente.

Hay en efecto una derecha que en su forma de criticar o disentir del discurso dominante de



izquierdas no hace más que reforzarlo. Es esa derecha que, por ejemplo, deplora el anticlericalismo desde una defensa meramente formal de la libertad religiosa, eludiendo timoratamente cualquier valoración del cristianismo, como si su importancia en nuestra sociedad no fuera mayor que la del zoroastrismo.

Es también esa derecha que muestra su firmeza frente a los nacionalismos separatistas, pero dejando claro que su argumentario está inmaculadamente limpio

de cualquier traza de «españolismo rancio» (sobre todo, no olviden lo de rancio) y se debe exclusivamente al constitucionalismo y el cosmopolitismo más acendrados.

Es la misma derecha que atribuye mecánicamente a herencia franquista los efectos perversos del intervencionismo estatal, como la rigidez del mercado laboral, sin que parezca inquietarle la cuestión de cómo se alcanzó el pleno empleo en los años sesenta, con una legislación tan supuestamente inflexible.

Excuso decirlo, este tipo de críticas a la izquierda no hacen la menor mella en sus destinatarios, que suelen recibirlas con una mezcla de incredulidad e hilaridad. Pero sobre todo, son claramente autolesivas. Patentizan que se ha asumido el imaginario progresista, según el cual no hay nada mejor que ser un adepto inequívoco del antifranquismo, ese refugio de tantos canallas que odian a la nación española (concepto discutido y discutible) y a la Iglesia.

Cayetana Álvarez de Toledo nos ha proporcionado un notable ejemplo de la derecha más chic, empeñada en recibir la aprobación de la progresía a cualquier precio, en un reciente artículo titulado *Política de ultratumba*. En él critica a Albert Rivera por haberse sumado a la propuesta de Podemos de exhumar el cadáver de Franco. Hasta aquí, diría que comparto su decepción por el joven político, si no fuera porque yo ya venía decepcionado de casa.

Ahora bien, la autora, por si acaso alguien pudiera dudar de su corrección antifranquista, insiste en caracterizar el régimen de Franco como algo singularmente horroroso y demodé, pintando a la España anterior a la muerte del dictador como «un país cerrado, sombrío y sometido al doble dogma del fascismo y la fe». No dejen de notar la equiparación subliminal del fascismo con el catolicismo.

Condenar en su conjunto el régimen autoritario que surgió de la guerra civil, sin aludir a la responsabilidad criminal de las izquierdas en la génesis del conflicto, y obviando que dejó una sociedad mucho más próspera y relativamente libre que las dictaduras comunistas de Europa del Este, sin ir más lejos, es la gran mentira que Zapatero elevó a doctrina oficial con la Ley de Memoria Histórica.

Si Cayetana se muestra partidaria de dejar como está el Valle de los Caídos es sólo como mero recordatorio caricaturesco de «una España por fin enterrada». Planteada así la cuestión, cuesta entender por qué habría de molestarle tanto la postura de Rivera; total, por un quítame allá esos huesos. El artículo no es más que la contestación a esa pregunta, si bien no formulada explícitamente. En otras palabras: ¿Cómo lanzarle una puya al líder de Ciudadanos, aprovechando la polémica artificial sobre la tumba de Franco, sin que me llamen facha?

La respuesta es arquetípica. Basta con decir que Rivera ha caído en el rancio guerracivilismo de siempre (el rancio les tiene que sonar, a estas alturas) y aún peor, en la proverbial «necrofilia» española. Vamos, que nos ha salido un españolazo de cuidado.



Lo de la necrofilia lo explica Cayetana no sin alguna brillantez, digna de mejor causa. Es que Sarkozy le dijo un día que la identidad española podía resumirse en «los toros y la obsesión con la muerte». Que no sé si es una gran verdad sobre España o más bien sobre la *percepción francesa* de nuestro país, pasada por Carmen de Bizet. El caso es que asumir la propia identidad, cualquier identidad, supone incurrir en

pecado nefando para Cayetana.

Profanar tumbas es una infame bellaquería hoy, como lo ha sido siempre, y también es, por cierto, todo lo contrario de venerar una reliquia como el brazo incorrupto de Santa Teresa. Pero Cayetana lo mezcla todo, porque para ella el patrón de referencia de lo puramente inaceptable parece ser la España católica y tradicional, que de alguna manera resume con el sesudo concepto de lo «casposo». Vulgaridad adjetivadora que descalifica por sí sola a quien la emplea.

Una derecha que reduce su concepción de España a un artículo de la Constitución; una derecha que no ha sabido elaborar su propia concepción del franquismo, sino que se ha limitado a adoptar por omisión cobarde o perezosa la mitología comunista; una derecha que poco menos se avergüenza de la fe católica..., es una derecha que se detesta a sí misma.

Es tanto la derecha de Rivera como la de Cayetana y los dirigentes del Partido Popular, con diferencias de matiz en el fondo irrelevantes.

Y todo para nada, pues como más se esfuerza tal derecha en hacerse perdonar su existencia, más desprecio suscita entre sus enemigos. Parafraseando a Nicolás Gómez Dávila, podríamos decir que el mundo sólo respeta al conservador que no se excusa. ¿Saben cómo califican a Cayetana Álvarez de Toledo en un medio afín al secesionismo catalán? Como «el ala dura de la derecha española» y «la nueva cara del nacionalismo español». Díganme de qué le sirve tanto juramento de cosmopolitismo y rabiosa modernidad.

Ideología de género: La abolición del hombre

Tomás Salas

Esos cambios socio-económicos o morales que englobamos bajo el nombre genérico (y equívoco) de «progreso» tienen a su favor, al menos, dos circunstancias: a) su apariencia inocua; parece que solo afecta a modificaciones en las costumbres, en los hábitos; unos cambios más bien inocentes, no trascendentales, que harán a las personas más libres, felices y actuales. b) Otra circunstancia, es que este discursos suele ir a favor de causas nobles; causas que suscitan un amplio consenso social; vindicaciones con las que estarán de acuerdo cualquier persona razonable. ¿Quién puede refutar a una persona que dice algo tan evidente como que «manda en su cuerpo»? Si alguien afirma que no debiera haber fronteras, que ningún hombre debería ser ilegal, que tendrían que desaparecer todas las armas, ¿quién podrá discutir estos asertos tan obvios? Si cualquiera enarbola como una enseña la palabra talismán «derecho», ¿quién tiene fuerza para argumentar en contra?

La ideología de género constituye un claro ejemplo de este progresismo difuso y omnipresente. ¿Quién está en contra de que se luche contra la violencia ejercida a las mujeres? ¿Quién, a estas alturas, se posiciona en contra de la igualdad entre sexos en el terreno laboral, educativo, económico? Sin embargo, se trata de una revolución quizá más profunda, más radical (en el sentido en que afecta a estratos profundos, a las raíces) que las anteriores revoluciones.

Las revoluciones políticas (liberalismo, comunismo) intentan cambiar las estructuras sociales y las relaciones económicas, para evolucionar, en teoría, hacia una situación de mayor justicia y progreso. Las revoluciones morales, como la que inicia en el famoso Mayo del 68, pretenden cambiar las costumbres, las relaciones interpersonales, familiares, sexuales. Pero este cambio que plantea la ideología de género, bajo su apariencia modesta, subvierte los fundamentos mismos de nuestra concepción del hombre; fundamentos que, más que históricos o culturales, son antropológicos. Se niega la ley natural que configura la naturaleza humana. En este vacío, sólo queda como motor del hombre una libertad que no tiene límites, que sólo depende de la voluntad; una voluntad que viene a ocupar el lugar ontológico de la verdad: no lo que «es» sino lo que «quiero» es el fundamento último de la realidad.



Contaré una experiencia personal. Asistí a una charla para alumnos de un centro de Secundaria sobre el tema de la violencia de género. La conferenciante era una chica joven que había trabajado en un centro de acogida para mujeres maltratadas. Destacó, con fundadas razones y desde la experiencia personal, la enorme lacra que supone esta conducta aberrante, el gran sufrimiento que experimentan estas mujeres. ¿Cómo combatir esta conducta inmoral? Esta señora afirmó que la solución pasaba por hacer desaparecer la distinción entre hombres y mujeres que era

algo obsoleto, antinatural. Esta distinción era –recuerdo exactamente la expresión– un «constructo», es decir, un producto cultural, algo que la persona construye, que configura en aplicación de su libertad, pero que no le es dado. Entre la situación de las mujeres maltratadas (problema que se quiere solucionar) y la destrucción de este «constructo», que es la condición sexuada del ser humano (solución propuesta), parece que hay una concatenación lógica sencilla; y así me parece lo percibieron los jóvenes oyentes. Sin embargo, la idea es de una (seguramente insospechada por la misma conferenciante) gravedad enorme y abre una abismal brecha con nuestra concepción clásica del hombre. El ser humano se construye a sí mismo como un nuevo Prometeo de potencialidades ilimitadas. Parte de un vacío, ya que nada le es dado como dato previo. Esto que se llama Ley Natural o naturaleza humana es una fantasmagoría. Su inexistencia nos abre las posibilidades de unos horizontes insospechados e inseguros.

Hay un pequeño libro de C. S. Lewis (escritor británico converso al cristianismo, en parte por influencia de su amigo Tolkien, conocido por la película *Tierra de penumbra* y por ser autor de las *Crónicas de Narnia*) cuyo título resume bien este tema: *La abolición del hombre*. Este pequeño librito, que su autor consideraba su favorito, aunque no es de los más famosos, puede ayudar a arrojar luz sobre este tema tan rodeado de tinieblas. Lewis parte de un hecho aparentemente sencillo: el estudio de un manual escolar y la imagen del hombre que aquí se manifiesta. Desde el análisis de los textos del libro, el autor llega a la conclusión de que se nos muestra la imagen de un hombre «sin corazón». El hombre que se nos muestra ha perdido lo que Lewis llama, por simplificar, el «Tao» (la Naturaleza, la Vía, el Camino); un concepto que está en la tradición platónica, aristotélica, estoico, cristiana, oriental. «Es –dice el autor– la doctrina del valor objetivo, la convicción de que ciertas actitudes son realmente verdaderas y otras realmente falsas respecto a lo que es el universo y lo que somos nosotros».

El hombre a lo largo del tiempo va conquistando a la naturaleza; va adquiriendo dominio y poder sobre el mundo y esto cambia sus condiciones de vida y las de su entorno. Pero llega un momento en el que este proceso de dominio alcanza un límite infranqueable: a la misma naturaleza humana. Cuando el hombre domina, manipula la naturaleza humana, la naturaleza lo domina a él. Pierde su referente sólo impulsado por su voluntad, por sus sentimientos, ya que «ningún sentimiento es, en sí mismo, un juicio».

En esta realidad que Lewis llama el Tao podemos incluir la condición sexuada, que no (la matización es de Julián Marías) sexual, del hombre. El hombre no es sexual sólo en el sentido freudiano, en el sentido en que el sexo es su dimensión más importante y condicionante de las demás, sino que está instalado en esta condición y desde ella actúa. Si eliminamos ésta y las demás condiciones que nos son dadas, que constituyen el dato previo en el que se inserta nuestra vida, suprimimos el concepto de lo humano. Y no hablo del concepto cristiano –aunque sea el Cristianismo quien mejor lo concibe y define–, sino con un sentido más general, como la concibe el cristiano Lewis en este librito.

Las ideas de esta obra de 1945 resultan hoy, décadas después, una visión lúcida y profética de los retos a los que nos enfrentamos.

Un rebaño hacia el abismo

Hermann Tertsch (ABC)

Otra vez estamos ahí. En el lugar de la matanza. Esta vez en Manchester. Tres días con enviados especiales de todas las televisiones del mundo que se disputan las imágenes de las flores, las notas de condolencia y las caras, llorosas el primer día, tristes el segundo y cariacontecidas el tercero.

Tres días de jóvenes cantando el «Imagine» de John Lennon sin saber lo representativo que es de nuestros males como himno de una sociedad sin referentes morales, sin anclajes en la

realidad y sin instinto de supervivencia. Como himno del cordero adormecido y feliz antes de ser degollado.

Allí están periodistas y políticos, los transmisores del bacilo de la inanidad, adalides de la multiculturalidad y la tolerancia con la intolerancia. Ellos garantizan que no aparezca en las televisiones frase disonante ni expresión que cuestione que este nuevo crimen islamista es una catástrofe natural a la que debemos subordinar nuestras conductas. No se emitirá nada que pueda ser remotamente interpretado como «racista», «xenófobo» o «islamófobo».

Han de silenciar e impedir toda reacción natural de exigencia de responsabilidades o, peor aún, de autodefensa. Sería ultraderechismo. Incitación al odio. Muy reprochable.

Por eso, solo aparecen en las televisiones del mundo occidental los buenos occidentales, convencidos de que «la violencia nada tiene que ver con el islam». La solución es «más tolerancia», «hacer frente a los terroristas con más amor y oración» por citar a Margot

Kassmann, voz de una iglesia evangélica alemana muy responsable de hacer de sus fieles un rebaño de víctimas propiciatorias. La católica no mucho menos.

Olvidadas quedaron las lúcidas palabras de Benedicto XVI en Ratisbona con exigencias a unos y otros, a los cristianos de mayor defensa de sus principios, valores y espacio y a los musulmanes a asumir unos valores de la civilización común que desprecian en su afán de dominio.

Y no solo los jóvenes fanáticos que se vuelan por los aires. También los llamados moderados que predicán en las mezquitas europeas la llegada del califato y la conversión o sometimiento total de los infieles. No se les puede culpar por creerlo. Por considerar al mundo cristiano irremediabilmente depravado, corrompido y en naufragio.

Ni por desearnos a los infieles lo que consideran el bien infinito del sometimiento a Alá. Quieren compartir con nosotros la bendición del islam. Desprecian a los hombres incapaces de defender a sus mujeres en las

calles y dispuestos a que sus hijos no crean en nada. Nos desprecian por infieles.

Los recién llegados tanto como los que nacen en familias llegadas hace medio siglo. Otra vez ahí. Con los jefes musulmanes británicos tristes porque han muerto niñas, pero inamovibles de su pretensión de que mucho peor peligro que los asesinos yihadistas es la islamofobia.

Con los muertos de Manchester aun por enterrar se niegan ofendidos a más controles sobre unas comunidades que han criado a los asesinos. Jamás entregan al poder infiel a un fiel sospechoso. Radicales o moderados, entre ellos nunca habrá el abismo que los separa del infiel.

Nunca retroceden. Conquistán un espacio tras otro. Iglesias se convierten en mezquitas. Los parques y calles adyacentes también. Después el barrio. Siempre de forma irreversible. Donde ellos son más, pronto no hay otra cosa. Puede que no haya fuerza ya para reaccionar.

Que nuestro rebaño infiel de la sociedad abierta europea esté condenado a seguir a galope hacia el abismo, ante las bombas, la brutalidad y la extensión de la sharía por barrios, ciudades y regiones. Pero nadie pretenda que la causa es la injusticia, la pobreza o la discriminación. La causa es nuestra trágica debilidad y el mensaje totalitario del Islam al que solo cabe hacer frente o someterse.



«Sí, es un golpe de estado»

Isabel San Sebastián (ABC)

Al fin el ministro Portavoz ha tenido el valor de llamarlo por su nombre: golpe de Estado. Eso es exactamente lo que se fragua en Cataluña por parte del gobierno de la Generalitat y las fuerzas que lo sostienen en el parlamento autonómico. Un golpe de Estado cuyo propósito es no solo subvertir el orden constitucional, sino dinamitar la indisoluble unidad de la Nación española que sirve de fundamento a esa Carta Magna.

En otras palabras; destruir el principio de soberanía nacional que da sentido y razón de ser a nuestro modelo de convivencia y llevarse por delante a España. Íñigo Méndez de Vigo ha pronunciado las palabras fatídicas y el propio Mariano Rajoy ha confesado estar ante el acontecimiento más grave de cuantos ha conocido en su vida política.

Un plan meticulosamente urdido que contempla celebrar un referéndum de autodeterminación en este otoño o, en su defecto, proclamar unilateralmente la independencia y en ese mismo momento activar una ley de ruptura, ya redactada, cuya finalidad es someter a la Justicia, las



Fuerzas de Seguridad, la Hacienda y hasta los medios de comunicación al control directo del ejecutivo de esa nueva «república catalana» hija de la sedición. Una hoja de ruta conocida merced a una filtración periodística, que concuerda a la perfección con todo lo dicho y hecho por los golpistas en estos años, mientras algunos de sus correligionarios compatibilizaban la «patria» con el saqueo de las arcas públicas.

De modo que tenemos al presidente de la Generalitat, máximo representante del Estado en Cataluña, participando (presuntamente) en una conspiración encaminada a cometer un gravísimo delito y anunciando además públicamente su determinación de perpetrarlo desde un salón facilitado por el ayuntamiento podemita de Madrid. Tenemos a un parlamento autonómico elaborando secretamente leyes encaminadas a quebrar el ordenamiento jurídico vigente.

Tenemos a un ministro portavoz reconociendo en Bruselas, capital de la Unión Europea, que en nuestro país está en marcha un intento de golpe de Estado. Y tenemos a un presidente del Gobierno alarmado hasta el punto de expresar en voz alta su preocupación ante el acontecimiento más grave de cuantos ha vivido en su trayectoria política. Tenemos también a un fiscal general, José Manuel Maza, de visita oficial en Cataluña, pero no con la misión de instruir a algún representante local del Ministerio Público para que ordene la detención inmediata del presunto golpista, sino en aras de honrar la cortesía institucional.

Y a juzgar por las sonrisas que exhiben tanto él como Puigdemont en las fotografías del encuentro, sin la menor tirantez derivada de la circunstancia. Tenemos un Fondo de Liquidez Autonómico que ha proporcionado más de 66.000 millones a la quebrada administración catalana, ayuna de solvencia y de crédito internacional, gracias a la solidaridad de esos españoles que, según los separatistas, les robamos.

Los últimos 3.000 millones hace apenas unos meses, pese a las constantes ofensas lanzadas por los receptores del auxilio. Tenemos una vicepresidenta con despacho abierto en Barcelona que no se cansa de tender la mano y poner la cara, suya y nuestra, para ver cómo nos la parten. Tenemos un Congreso que asiste impávido a este esperpento mientras el grupo de Pablo Iglesias prepara una moción de censura apoyada por los golpistas y no sabemos (confiemos en que no sea así) por el PSOE de Sánchez.

Y es que sí, lo que está urdiéndose en Cataluña es un golpe de Estado en toda regla, perpetrado ante la indiferencia cómplice de las instituciones democráticas obligadas a impedirlo. Una farsa patética.

¿Euroescépticos?

Mateo Requesens *(Posmodernia)*

El fenómeno de la globalización permite que los grandes capitales puedan desplazarse libremente hasta el punto de coaccionar a los gobiernos en busca de mayores facilidades para la inversión, la deslocalización de las multinacionales favorece el dumping salarial o la disminución de la creación de empleo en los países más desarrollados, la inmigración descontrolada es un fenómeno de masas que provoca la puesta en peligro del Estado de bienestar, repercute negativamente en la seguridad y, ante una completa falta de políticas de integración efectivas, amenaza la identidad social y cultural de Europa. Pero ha sido la larga crisis económica que sufrimos la que ha puesto a prueba las bondades que se predicaban sobre la globalización, ante la evidencia del resultado de un muy desigual reparto de los beneficios de sus consecuencias. La percepción pública, más o menos acertada, considera que la globalización premia a las grandes corporaciones frente a las clases medias, que han de soportar sobre sus sufridos hombros de contribuyente el peso del coste social de la crisis y el mantenimiento de un Estado de bienestar del cual sacan magros beneficios, mientras las clases más bajas se ven



abocadas a la precariedad laboral y al subsidio en competencia con las masas de inmigrantes. Todo, mientras unas instituciones, cada día más burocratizadas, protegen una red clientelar que ha permanecido a salvo del descalabro en el reembolso de esos réditos de la globalización.

La falta de credibilidad de las instituciones multilaterales creadas después de 1945, FMI, la OCDE o el Banco Mundial, es palmaria, pues no sólo no supieron alertar sobre las crisis, sino que se han visto impotentes para dar soluciones para superarla. La Unión Europea

(UE) no es ajena a este descrédito, ni la Comisión Europea y el Banco Central Europeo, ni, por supuesto, el decorativo Parlamento Europeo, además de todos y cada uno de los líderes europeos, han sabido dar una respuesta convincente. El ejemplo de Grecia ilustra perfectamente cómo las políticas de austeridad de la UE se han revelado tan ineficaces para salir de la crisis, crear empleo y riqueza, como las basadas en el aumento del gasto. Por tanto, no debería extrañarnos el escepticismo de amplias capas de la población frente a unas instituciones europeas, que tienen más de Unión de burócratas y marco de «lobbies» de intereses, que de Unión en pro del bien común de todos los europeos.

El problema de este multilateralismo es que pretende que unas mismas fórmulas económicas sean universalmente válidas en todos los países, pero los diversos y complejos factores socio-económicos de cada nación, provocan que las mismas medidas teóricas tengan resultados dispares dependiendo del lugar donde se apliquen. Pero la cuestión va más allá cuando los principios de la UE se rigen por los objetivos del mundialismo. Para lograr el «Mundo Feliz» que persiguen estos emancipadores universalistas, necesitan no sólo que los mismos paradigmas económicos funcionen homogéneamente en todo el orbe, sino que los mismos criterios políticos, sociales y culturales sean también universalmente válidos. Por ello la tendencia que la política mundial ha cultivado se basa en debilitar la Nación más allá del Estado, intentando borrar no

sólo las fronteras económicas, sino las políticas y culturales, a través de la economía global, la movilidad del capital y población, la información uniforme y el multiculturalismo, conservando tan sólo las estructuras burocráticas de los Estados como instrumentos de control sobre los pueblos.

El problema está, como ha señalado el nada sospechoso ex primer ministro británico Gordon Brown, en que «debemos comenzar por reconocer que en un mundo cada vez más integrado e interdependiente, cada país debe encontrar el equilibrio adecuado entre la autonomía nacional que desea y la cooperación internacional que necesita».

Es decir, hay que resolver la tensión entre particularismo y universalismo. Y en este debate surge el euroescepticismo, al entender que la UE es una receta que erosiona el Estado-nación privándole de soberanía y autonomía para afrontar con eficacia los problemas de cada país. Una UE, que al no tener en cuenta unas particularidades que desde el mundialismo se ignoran o pretenden suprimir, genera deficiencias y disfunciones en la gestión de los intereses de cada sociedad.

Pero esta tensión tiene aún implicaciones más profundas para el concepto de bien público y ciudadanía, que la pensadora francesa Chantal Delsol, define acertadamente: «el ciudadano ya no es aquel que supera el interés privado para ponerse al servicio de la sociedad a la cual pertenece, sino aquel que supera el interés de su sociedad para ponerse al servicio del mundo». Nos encontramos con una sustitución del concepto de pertenencia y arraigo comunitario por una solidaridad en abstracto, que es gestionada, no por la comunidad nacional, sino por la burocracia institucional o empresarial del mercado global. Es decir, tenemos menos Nación, pero no menos estatismo, por lo que el individuo se ve privado de los cuerpos de participación naturales en las transformaciones políticas y sociales, quedando reducido a la condición de mero contribuyente, consumidor y elector. ¿Dónde queda el ciudadano miembro de un grupo social con un proyecto común de futuro?

Estas cuestiones son las que se planean detrás del euroescepticismo, y no las manidas acusaciones de xenofobia. Su esencia radica en la creencia de que el ciudadano no es un individuo que vive en una difusa sociedad universal, sino que está arraigado en una comunidad concreta, a partir de la cual puede desarrollar auténticos vínculos de solidaridad con los que satisfacer el interés general y particular. Por ello una UE que olvida la raíces culturales de Europa, mientras pretende uniformar ideológicamente a todo el continente, que desde Bruselas burocratiza y aleja del ciudadano aún más la administración, que ordena las políticas económicas nacionales (también seguridad, fronteras, energía, etc.) pero no asume responsabilidad alguna, que ha sido incapaz de amparar equitativamente a todos los ciudadanos europeos frente a la crisis, que en definitiva, no es capaz de articular un verdadero proyecto común europeo, provoca euroescepticismo.



No se trata de impedir los aspectos positivos de la UE, sino de controlar la globalización, no para impedir la libre circulación de capitales y la económica interconectada, sino para evitar que los «ganadores» del mundialismo hagan trampa e ignoren sus responsabilidades con los pueblos, sustituyendo las concretas sociedades nacionales por esa difusa sociedad universal, en la que el individuo está aislado porque no tiene un cuerpo natural en el que integrarse y a través del cual participar relevantemente en unas transformaciones que le vienen dadas desde ámbitos ajenos a su entorno.

La idea de Nación ha de repensarse bajo el prisma de la comunidad nacional, no tanto en su faceta negativa como reafirmación de independencia frente al otro, sino en su faceta positiva como referente de arraigo y participación en la vida pública.

No se trata por tanto de estar contra la construcción de Europa, sino de sacar, en el sentido expresado por Durkheim, a las sociedades europeas de la anomia a que las está sometiendo una UE, cuyas prioridades son la obtención de beneficios como resultado de operaciones financieras y comercio. El euroescepticismo de esta manera planteado, se rebela contra la falta de proyecto civilizacional de la UE, se rebela contra la cesión de soberanía a favor de un modelo de producción capitalista unido a una ideología mundialista que sostiene una actitud consumista y utilitaria hacia el individuo al que despoja de sus referentes transcendentales.

Ferrater Mora al tratar el problema de la europeidad de España, concluía que «el problema se ha esfumado no sólo porque los españoles ya han dejado de marchar a redropelo de Europa, sino porque los europeos han dejado de ser en gran parte lo que fueron, y, en alguna medida, se han hispanizado». De eso se trata precisamente, de que Europa ha perdido su lugar en el mundo, reniega de su pasado y no sabe enfrentar su futuro, porque ya no se reconoce en sus referentes histórico-culturales más allá de una amalgama de intereses económicos.

Ser euroescéptico consiste por tanto en creer que otra Europa diferente a la que persigue la UE es posible, ser euroescéptico es creer en que se puede recuperar Europa, instalando en su centro de gravedad, en vez del poder y la economía, el factor humano, la comunidad nacional, la cultura y la axiología como sistema de valores que distinguen la civilización europea y que dotarían del sentido auténticamente integrador al proceso de construcción de una Unión Europea no degradada.

Memoria Histórica

Soldados catalanes luchan contra el terrorismo de los maquis en 1944

Rafael María Molina, Historiador

Fuente: *El maquis en España*. Teniente Coronel Aguado Sánchez. Editorial San Martín. 1975

En octubre de 1944 numerosos soldados pertenecientes a batallones con sede en Cataluña hicieron frente a la invasión llevada a cabo en el valle de Arán por 5.000 militantes del PCE armados. Eran los llamados «maquis» según expresión de origen francés. También se produjo una importante infiltración en la zona del Pirineo navarro.

Los maquis españoles, que contaban con el apoyo logístico de los comunistas franceses, pretendían ser la punta de lanza de una sublevación popular en España contra el Régimen de Franco pero fracasaron totalmente. No consiguieron apoyo popular ni éxito operativo alguno. No obstante la invasión de octubre de 1944 dio lugar a 2 meses de intensos combates a lo largo de los Pirineos entre ellos y fuerzas militares de los batallones de Cazadores de Montaña 1, Navarra, Albuera 2, Arapiles 3, Cataluña 4, Barcelona 5 y Alba de Tormes.

Finalmente los maquis, derrotados, huyeron de nuevo a Francia. Murieron en esa invasión unos 50 militares y alrededor de 200 maquis. Otros 300 fueron apresados. A pesar de este primer fracaso se produjeron nuevas infiltraciones e incorporaciones desde el interior y los maquis supusieron un grave problema de seguridad en la España de los años 40. El problema fue especialmente grave en Andalucía, Valencia, Castilla la Mancha y el sur de Aragón.



El resultado fueron miles de combates a pequeña escala entre la Guardia Civil y los maquis en las sierras, pueblos y zonas montañosas de buena parte de España. El año más difícil fue 1947 con 1.500 atentados y enfrentamientos. Pero a partir de entonces la eficacia operativa de la Guardia Civil se impuso. Logró desarticular a los grupos de enlaces comunistas que colaboraban con los «bandoleros» dándoles comida e información y a partir de ese momento, dado su escaso apoyo popular, los maquis fueron siendo derrotados y erradicados.

A lo largo de los años 40, los maquis causaron en el conjunto de España unos 960 muertos en viles atentados o robos. La mayoría de sus víctimas fueron civiles de derechas o falangistas en las zonas rurales. Por su parte la Guardia Civil, que llevó el peso de la lucha antiterrorista, dio muerte en enfrentamientos a unos 2.200 maquis.

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

ES23.0019.0050.0140.1010.8382

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.